



QUIQUIRIQUÍ, FESTIVAL DE TEATRO DE TÍTERES DE
GRANADA 2017

Archivo de textos

MÓNICA FRANCÉS

Diminuta revolución delicatessen

[Reseña a *La máquina de la soledad*, de Oligor y Microscopía]

En el espectáculo *La máquina de la soledad*, de la compañía navarro-mexicana Oligor y Microscopía, confluyen sublime y singularmente vanguardia y tradición. La pieza alcanza a emprender una suerte de diminuta revolución emancipadora de determinada modernidad, por un lado, a la vez que despliega los poderes fáusticos de una de las maquinarias más antiguas para atrapar la fascinación del otro, el relato exquisitamente narrado en la distancia corta, pequeña.

Si todo es relato en última instancia (como le escuchamos decir tal cual al cineasta Pedro Costa en su defensa a la indistinción entre cine documental y ficción; afirmación que igualmente suscribiría José Luis Guerín), *La máquina de la soledad* escribe-transcribe exactamente eso también en su partitura escénica, la renuncia expresa a distinguir los materiales documentales, testimoniales o personales de la real vida —ya sea de los intérpretes o de los otros— y los de la pura ficción.

Para empezar, todo sucede en una escenografía milimétricamente diseñada para convocar-situar al espectador (con un aforo bien limitado) dentro de la mismísima fantasía explícita, un lugar salido como de ensueño, cuento, ficción. Un habitáculo tenuemente iluminado que poco a poco se va descubriendo como un artefacto repleto de escenarios y personajes en miniatura, con la noble pátina de lo tazado por el uso, lo viejo, los materiales reciclados, la mecánica de poleas, la proyección de diapositivas, el preciosismo artesano de la manufactura; dispuesto todo en un universo del detalle, singularmente abarrotado, cuya armonía y belleza fantástica se desprendiera, precisamente, de su explícita miniatura, delicadeza y fragilidad. Un paisaje



Centro Federico García Lorca

estéticamente sublimado que, sin embargo, se calza de continuo sobre materiales surgidos del trabajo de investigación documental sobre ese objeto obsoleto-real, la carta —manuscrita o mecanografiada— y sus protagonistas —el correo postal, quienes escribían cartas para otros (los escribas), los carteros—, en forma de testimonios reales grabados en audio, fotografías, vídeos, fragmentos del diario de investigación documental realizado por los intérpretes a lo ancho y largo de un itinerario que recorre España, Cuba, y sobre todo México; la rotunda materialidad del paisaje real apuntalando el paisaje sublimado-simbólico.

Si el objeto carta y su universo protagonizan la narración, lo fascinante en *La máquina de la soledad* es cómo alcanza a trascenderlo, a ir más allá, a tocar de cerca al espectador creando una suerte de acontecimiento común que, lejos de ser un ejercicio de nostalgia, se parece a una decidida —pero a la vez tierna, alegre, delicada— revolución emancipadora de esta nuestra sociedad hiper-tecnológica-conectada y sin embargo, autista.

Tal vez esta suerte de poder fáusticos de la narración advenga de la bendita capacidad de fusionar en una sola ética-estética ficción y realidad. Por ejemplo, y entre otras cosas, se puede afirmar que la obra también es una historia de amor contemporánea —de los intérpretes— que se mira en los ojos de otra. Otra muy concreta, de 1900 y de la que solo sabe por el objeto-relato: una maleta repleta con la correspondencia amorosa y de cortejo entre una joven pareja mejicana de San Luis Potosí a la que, por recato, estaba vetada la comunicación directa, platicar. Es una defensa en toda regla de la letra, manuscrita o mecanografiada, como símbolo de la comunicación entre los seres, muleta contra la radical soledad —ontológica, metafísica— de todo ser. Una dulce invitación emancipadora a buscarnos el espacio tiempo dedicado a un otro, un tú, al margen de las velocidades instantáneas, vertiginosas e irascibles que, subjetivadas, vienen a ser las del mercado y la productividad.

Como quiera que sea, llevándonos las cosas al cuerpo, a lo Artaud, la sensación del espectador a la salida de *La máquina de la soledad* es algo parecido a llevarse un recreo o una delicatessen —pongamos por caso— en la pancha y, en la cabeza o los hombros, una suerte de sacudida vigorosa, a la par que tierna, alegre, cómplice.

Mónica Francés, 2017